

riándose apartar de las reglas de su instituto, entregadas aquellas misiones, donde los pueblos estaban ya instruidos en la religion cristiana, pasarian sus religiosos á ilustrar con la luz del evangelio, á otros pueblos que aun permanecieran en la gentilidad. El virey, pidió sobre este particular, el informe de todos los obispos del vireinato, que juzgaron no seria conveniente sustituir á los jesuitas con otros eclesiásticos, porque no se resintiera el adelanto espiritual de los pueblos que con tanto fruto habian estado bajo su cuidado. Con este informe se pasó el expediente á la corte; y apenas se habia hecho esto, cuando llegó á México D. Carlos Croix, marqués de Croix que tomó posesion del vireinato el 22 de Agosto de 1766.

CAPITULO XXII.

Gobierno del marqués de Croix: expulsion de los Jesuitas.

El hecho que mas resalta en el gobierno de este virey fué la expulsion de los jesuitas: ruidoso acontecimiento, que ha dado materia á la pluma de muchos hombres que brillan en el mundo literario; y que será el objeto de todo este capítulo. Este es uno de los hechos que interesa conocer no solo para la mejor inteligencia de la historia nacional, sino de la universal, porque afectó á todo el orden social y es una llave maestra, con la cual se puede penetrar hasta los oscuros rincones del pasado, como servir de guía para andar por los inciertos caminos del porvenir. No es posible que en unas cuantas líneas que podemos consagrar á este asunto tan vasto, se abarque en toda su gigantesca magnitud y con sus misteriosas circunstancias: se hace preciso pues que la luz en esta materia se bus-

que en las muchas luminosas obras que se han publicado para poner en claro el acontecimiento, cuanto se necesita depurarlo para que ocupe su lugar en la historia; y yo solo aquí ensayaré, á extraer una narracion que pueda servir de guía para que los lectores entren despues á formalizar el estudio donde yo no huré sino presentar un ligero bosquejo.

Uno de los hombres que se ha ocupado de tan importante materia y que ha escrito sobre mejores datos y con mayor crítica, dice al dar principio á sus trabajos. «Emprende una obra difícil, imposible tal vez. Referir me propongo el origen, desarrollo, las grandezas, los sacrificios, los estudios, las misteriosas combinaciones, las luchas, las vicisitudes de toda especie, las ambiciones, las faltas, las glorias, las persecuciones, y los martirios de la Compañía de Jesus.»

«Diré la prodigiosa influencia que ejerció esta sociedad sobre la religion por sus santos, por sus apóstoles, por sus teólogos, por sus oradores, por sus moralistas: sobre los reyes por sus directores de conciencia y por sus diplomáticos: sobre los pueblos por su caridad y por su docta enseñanza: sobre la literatura por sus poetas, por sus historiadores, por sus sábios y por los escritores que en todos idiomas ha producido, tan puros en el gusto como en el estilo.»

«La mostraré en su cuna, militando por la Iglesia católica y por las monarquias, que el protestantismo naciente se arrogaba ya la misión de destruir.»

«Penetraré en sus colegios, de donde salieron tantos personajes famosos, gloria ó desgracia de su patria.»

«La seguiré mas allá de los mares, sobre la vasta extension de todos estos oceanos desconocidos, á donde el celo por la Casa del Señor arrastraba á sus padres, que despues de haber sido la luz de los gentiles, engrandecian

el cuadro de la civilización y de las ciencias, enseñando á los hombres sentados á la sombra de la muerte, cuán bellos son los piés de los que evangelizan la paz.»

«Estudiaré su Instituto tan poco conocido, y de que con tanto amor ó con tanto ódio se ha hablado. Profundizaré esta política, tan tenebrosa segun sus detractores, tan obvia segun sus partidarios: pero que dejó marcados con su sello indeleble los siglos XVI XVII y XVIII, época la mas célebre del mundo por la difusión de las ideas y por la importancia de los acontecimientos.»

«Investigaré hasta en sus abismos esta Jerusalem celestial para unos, infernal para otros, que ha tenido contacto con todo el bien, que se ha inmiscuido con todo el mal, obrado en el universo.»

«No me dejaré arrastrar ni por los entusiastas que en torno de sí ha suscitado la compañía de Jesus, ni por las antipatías ó rencores que ha eternizado su omnipotencia.»

«Los jesuitas no me han contado en el número de sus discípulos, ni tampoco me vieron entre sus neófitos. Ni soy su amigo ni su admirador, ni su adversario. Ni les debo reconocimiento, ni me siento movido con respeto á su Orden de prevencion alguna. Ni estoy en ellos, ni con ellos, ni por ellos, ni contra ellos. Son á mis ojos lo que Vitelio, Oton y Galva eran para Tácito. No los conozco ni por la injuria ni por el beneficio.»

«Como historiador no paso de la historia, no adhíriéndome sino á la verdad, no procurando sino deducir consecuencias lógicas al auxilio de hechos no contestados é incontestables, y no formando opinion de los hechos y personas sino despues de un escrupuloso exámen.»

«El día de la justicia debe por fin rayar para todos, hasta para los discípulos de San Ignacio de Loyola. A la par que todas las creaciones humanas que llevan consigo un principio fecundo, los jesuitas se han hallado expuestos á

dos escollos, que no les fué dado evitar siempre por las flaquezas inherentes á la humanidad. Demasiado poderosos han sido para no tener aduladores. Todavía se les cree demasiado temibles y por esto excitan apasionadas antipatías.»

«En medio de estos conflictos de opiniones que se cruzan y luchan entre sí, y que despues de trescientos años para maravilla por cierto! tienen el mundo atento á una polémica cuyo interés no debilitan las revoluciones mas ruidosas, la compañía de Jesus se ha dado á si misma mas hombres distinguidos, ha reportado victorias, sufrido mas derrotas, producido ó consumado mas cosas extraordinarias, que veinte órdenes de religiosos juntos.»

«Nacida para el combate, siempre sobre la brecha, arrojando en el fondo de la soledad á lo mas fuerte de la batalla sus más intrépidos campeones, sirviéndose de todas las armas que puede manejar un sacerdote, escapando de un peligro para precipitarse en otro, haciendo frente á la vez á las mas encumbradas inteligencias y á los pueblos mas bárbaros, desafiando á las tempestades y haciéndolas nacer alguna vez, triunfando aquí, sucumbiendo allá; pero combatiendo donde quiera y sin cesar, viviendo entre los controversistas ó espirando en los tormentos, se ha hecho improvisadamente la enseña y el escudo de la iglesia católica, apostólica romana.»

«Esta compañía ha tenido momentos de grandeza, cuales nunca vió brillar sobre su reino el mas afortunado monarca; pero como todas las grandezas de la tierra, este sol espléndido debió tener sus eclipses. A los días de prosperidad sucedieron años de luto, las riquezas provocan la envidia: el poder cria rivales y enemigos: poder lleno de una magestad terrible, porque ni ambicionaba los honores ni aspiraba á la celebridad. Contentábase á lo mas con una luz modesta y casi siempre con la sombra;

y del pié de los tronos, descendian los jesuitas por medio de la confesion al estrecho recinto del artesano ó á la choza del labrador. Véaseles tomar asiento en el consejo de los reyes y en la escuela de los párvulos. De la mancion de los magnates, de la antigua basílica en donde se celebraban los concilios, pasaban sin transicion al techo de la indigencia doliente, y á fin de hacerse un todo para todos, habitaban con igual amor la masmorra del preso, el palacio de los príncipes de la tierra y la gruta del salvaje.»

«Desde el primer momento de su fundacion hasta el día en que estoy escribiendo estas líneas, no han cesado los jesuitas de llenar el mundo con la fama de su nombre: Religion, moral, política, oratoria, poesia, ciencias exactas, literatura, viajes, erudicion, descubrimientos, bellas artes, sobre todo han influido, todo lo han dominado.»

«Por medio de los reyes, de los que se habian constituido guias espirituales, gobernaban el mundo.»

«Poníanse al frente de la marcha de las ideas y de la civilizacion sabiendo hasta por las dificultades para la administracion en su orden atraer las inteligencias, aprovecharlas y someterlas al yugo de una obediencia pasiva, haciéndose populares por la amenidad y por la discrecion, uniendo la ciencia de Dios con la ciencia de los hombres, llegaron á dominar á los pueblos.»

Por la educacion cuyo secreto poseian junto con los Oratorianos y que dispensaban á todos con mano verdaderamente liberal, inculcaron á las generaciones nacieses aquellos principios que tenian obligacion de prepagar. Dueños así de lo presente por medio de los hombres, disponiendo del porvenir por medio de los niños, llegaron á realizar una ilusion que hasta San Ignacio nadie se habia atrevido á concebir.»

«La historia de este Instituto tan grande en lo pasado,

tan combatida al momento de romper las revoluciones, siempre tan paciente en sus esperanzas, siempre tan animada de un vigor que se rehace en medio de los combates, siempre tan magnífica en los reveses y en las persecuciones, y no dando muestras de debilidad sino cuando el soplo de la fortuna hincha su vela con harto violenta rapidéz, tal es la historia que voy á trazar.» (1)

A la caída del grande imperio Romano, los bárbaros del Norte, como un rio que sale de madre, se desbordaron por toda la Europa: pero antes que á su empuje, cayera el palacio de los Césares: ántes que al golpe de la macana del salvaje, cayera desmenuzado el formidable aparato del poder de los dominadores del mundo, la religion de Jesucristo se habia adelantado para prevenir aquel solemne momento, en que al terrible choque de los bárbaros de las selvas con los señores de la barbarie, el mando iba á recibir una transformacion completa y absoluta. La religion esperando el momento de llenar con su luz civilizadora, todo el mundo ofuscado por las tinieblas de un paganismo impuro y cruel, habia esperado con una paciencia heroica y que no puede esplicarse sino por tres siglos de sufrimientos, en la oscuridad de las catacumbas, en el fondo de los valles desiertos, en las cimas de las montañas solitarias y muchas veces se hallaba en el palacio de los Emperadores ó en las filas de sus huestes, pero oculta siempre bajo la librea del esclavo ó del uniforme del legionario romano. Cuando cayó el coloso, no dejó que sus fragmentos fueran hollados por la planta del bárbaro, sino que saliendo de todos sus retirados albergues, amasó entre sus manos á vencedores y vencidos, fundiendo con esta mezcla un nue-

[1] *Cretineau-Joly Historia religiosa política y literaria de la Compañía de Jesus. Tomo 1.º Cap. 1.º*

vo mundo, al que le inspiró el sello de la civilización según la había recibido de su autor, y con cuanto lo permitía el estado de la tosca materia con que formaba la primera sociedad cristiana.

El progreso que recibió entonces esta sociedad, le dió impulso para caminar más de mil años, formando la Europa de la edad media, con sus opulentas ciudades, los mágicos castillos de los señores feudales, y sus millares de claustros, en cuyos sólidos muros venían á estrellarse las pasiones del siglo, humillándose á los pies del cenobita, que abismado en sus voluntarias austeridades, procuraba la propia santificación después de haber trazado al mundo su trayecto para que corriera en busca de su perfección progresiva. El respeto que los pueblos profesaban siempre á los reyes, la veneración con que estos veían á los Pontífices romanos, y la energía con que los jefes de la iglesia defendieron siempre los derechos de la religión, mantuvieron esa larga paz que forma una de las épocas más dilatadas del curso de los tiempos. Verdad es que en todo este tiempo no faltaron espíritus inquietos que quisieran sacudir aquel Estado de un equilibrio general que guardaba la sociedad entera; pero la voz de los novadores quedó ahogada ó entre las decisiones de los concilios, ó las piadosas prácticas de los monges cristianos, ó las capitulares de los reyes ó á los golpes de aquellos caballeros de doble naturaleza, que se presentaban á la arena armados con el sable del soldado y cubiertos con el yelmo y la coraza de la religión.

Pero la sociedad tenía que sufrir aún nuevas transformaciones, las ciencias y las artes encerradas todo el tiempo de su juventud en los salones áulicos, ansiaban por salir al mundo para ostentar los frutos de su edad madura: cansadas las inteligencias de la abstracción de las cuestiones teológicas, esperaba con impaciencia la llegada de otros nue-

vos encantos para su imaginación: quería las bellezas de la literatura, el primoroso desarrollo de las artes, ver en un amigable consorcio las ciencias sublimes del espíritu con las admirables de la naturaleza física: presentía cercano este momento de transición, y se apresuraba á saludarlo. En estos momentos en que rebozando la inteligencia, dejaba los círculos donde había permanecido por muchos siglos, se lanzaba un grito contra la religión tan lleno de ingratitud como de inconsecuencia: acusábasele de ser la opresora de las inteligencias que ella misma había redimido de la barbarie, y nutrido con su espíritu por más de mil años para que á su tiempo marcharan al sendero de su perfección: los mismos adelantos que hasta allí habían podido tenerse, se querían convertir en otros tantos elementos destructores, con que asestarle el golpe de muerte; y parece que siguiendo el ejemplo de Wicelf y Juan de Huss, todo el mundo quería conmover á la voz de inconsecuente reforma, con que Martín Lutero y Juan Calvino, llamaba á los pueblos de las cuatro partes del mundo para destruir el arca en que se había salvado la humanidad civilizada.

Los crímenes de los hombres quieren arrojarse á la cara de la religión: y con pretexto de purificar la religión, se corrompe á los hombres. El veneno se inyecta en el corazón de los pueblos y se destila también en la copa en que beben los reyes: se quiere hacer una general conjuración; y en estos momentos la imprenta y la náutica, deben ser los poderosos agentes para coligar á todos los pueblos de la tierra. Gutemberg inventa los caracteres de la imprenta para la multiplicación indefinida de los conceptos, Colón se lanza al grande Océano para señalar el camino de un nuevo mundo, Vasco de Gama pone á la Europa en contacto con la India Oriental y Magallanes da su vuelta al rededor del mundo, como precursor de aquella agitación, que sin pensarlo iba á producir una

maravillosa luz, que penetraría hasta los más incógnitos rincones del mundo.

En estos momentos de ebullición moral, las bellas letras salen por todos los pueblos esparciendo flores y aromas en su camino, para atraer en pos de sí el entendimiento que por muchos siglos había estado adormecido: la historia abre sus páginas para evocar la memoria de los grandes hombres y de los hechos maravillosos: la escultura y la pintura, hacen que el mármol y los lienzos expresen un atrevido pensamiento, las lenguas antiguas salen del mausoleo en que se abrían relegado al olvido para hacer que se entiendan todos los hombres; la jurisprudencia sacude su soñolienta existencia y encarna en el espíritu de Maquiavelo para hacer aparecer máximas desconocidas; y la astronomía vino á enseñar un nuevo sistema en el movimiento de las estrellas, para hacer variar también el arreglo de los tiempos.

Todos los espíritus se agitan, y en aquellos momentos de actividad universal, todas las naciones se apresuran á dar su contingente á los adelantos de la inteligencia; y los genios se suceden unos á otros. Cuando parecía estar ya todo preparado, todas estas maravillas y prodigiosos descubrimientos quieren lanzarse como una invencible falange contra la misma religión que los ha preparado y producido: con pretexto de purificar la religión, se le ataca y procura su destrucción; y todos los tiros se reasestan contra su principal representante, que sentado en la silla de Pedro ve como el que observando de una roca de las playas las olas más agitadas por la tempestad, estuviera cierto de que al estrellarse debajo de sus piés, debían volver para presentar una quieta superficie donde zurcara inmóvil la nave en que ha de atravesar los dilatados mares hasta llegar al mundo donde vislumbra su felicidad.

La tempestad que brama y se prepara en todas partes,

importa un sacudimiento y una revolución así en la ciencia como en la religión, en las costumbres como en la política. Esta revolución, es una guerra para la iglesia, donde los enemigos son nuevos y las armas desconocidas: necesita pues la iglesia para combatir elementos propios que estén en armonía con la naturaleza del mal que se ha de conjurar; Lutero y Calvino desencadenaban los vicios y con preciosos motivos de religión hacían arder en su provecho todas las pasiones: inteligencias elevadas como las de Meláncton saltan á la arena para defender la herejía; los pueblos arrebatados en un momento de delirio, alzan el estandarte, que estos grandes heresiarcas les han puesto en sus manos para combatir á Roma; y muchos príncipes y reyes al considerar que ellos mismos minaban sus tronos y socababan el sepulcro para cubrir con polvo el derecho de las monarquías, entran en esta liga. Presentándose pues el mal en todas partes y en todos los espíritus dispuestos á combatir en una lucha incesante, la iglesia necesita de nuevos operarios, con generosos y robustos corazones para sostener el terrible choque, cuerpos incapaces de rendirse á las mayores fatigas que habrá que sobrellevar en todos los climas, y espíritus donde la humanidad de la virtud ribalice con la sublimidad de la ciencia. El enemigo se presenta alhagando con el incentivo del libertinaje, y los campeones del catolicismo deben vencerlo con el sacrificio voluntario de las pasiones: entran en la lucha ingenios elevados que excitan la admiración universal, preciso es oponerles gigantes de saber que los aplasten bajo el peso de su doctrina y los ofusque con los rayos de su luz; y si el mal busca los medios de la más rápida propagación, su remedio debe confiarse á hombres infatigables y de piés prontos para correr, hasta los últimos confines de la tierra.

El momento era supremo: un caballero en quien pesaba